

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 2, 7-9; 3, 1-7): *Sopló un aliento de vida.*

Salmo (50, 3-4.5-6a.12-13. 14 y 17): *«Misericordia, Señor: hemos pecado».*

2ª lectura (Romanos 5, 12-19): *Todos serán constituidos justos.*

Evangelio (Mateo 4, 1-11): *No solo de pan vive el hombre.*

La palabra “*Historia*” es muy solemne, como la palabra “*Geografía*”, “*Biología*” o “*Física*”. Es una palabra que expresa una materia de gran calado, que narra grandes acontecimientos, con personajes famosos que han destacado por sus gestas a lo largo y ancho de las culturas antiguas.

La «**HISTORIA**» así entendida, con mayúsculas, nos es ajena; parece que no tenemos nada que ver en ella porque nosotros no saldremos nunca en sus narraciones ni nadie tendrá en cuenta nuestros nombres y nuestras vidas. Parece que nuestra vida, nuestra “*historia*” sencilla y anónima se escribe con minúscula.

Sin embargo, todos tenemos nuestros orígenes, nuestras pequeñas contribuciones al bien común, nuestros recuerdos personales y únicos. Amamos a nuestros mayores y a las personas que son importantes para nosotros. Ponemos nuestro granito de arena en la construcción de este mundo, que es el nuestro: luchamos, sufrimos, nos alegramos, apoyamos, discutimos, alabamos. “*Somos protagonistas*”.

Para los creyentes, Dios nos ha convocado a la vida y ha hecho de nosotros “*protagonistas*” libres de nuestra historia. La vida humana no es casualidad, ni estamos en la vida por equivocación. Todos y cada uno, con sus límites y sus talentos, formamos parte de un gran proyecto. Nadie es imprescindible, pero a la vez nadie sobra.

Los cristianos entendemos la vida de la humanidad como una gran “*historia de salvación*”, con sus luces y sombras, con sus avances y retrocesos. No somos divinos; pero tampoco somos monstruos. Una historia que no es de fracaso/condenación, sino de cumplimiento/salvación. Dios es compañero de camino: nos apunta al oído, nos corrige cuando fallamos, nos levanta cuando caemos, sufre cuando nos desviamos.

Jesús también vivió su propia historia, que en su caso era la de hacer presente el Reino de Dios. Al comienzo de su misión la gran pregunta es: **¿cómo llevar adelante su condición de ser Mesías de Dios?** Aparecen las tentaciones de «*saciar las necesidades*», de «*asaltar el poder y dominar*» o de «*engañar y manipular las conciencias*». Ninguna de las tres es de Dios. El mesianismo de Jesús pasará por revelar la verdadera condición del ser humano, por el servicio como modo de autoridad, y como verdad que libera.

En el relato del bautismo contemplábamos a Jesús confundido entre los pecadores que esperaban turno para ser bautizados por Juan. La admiración sube de tono cuando vemos a Jesús confrontado en el desierto con los poderes del mal. Pero bautismo y tentación son dos piezas o momentos esenciales en el mecanismo de la vida de Jesús y del cristiano.

El bautismo es compromiso, palabra empeñada. La tentación es test o control de la fidelidad a esa palabra. En el caso de Jesús la tentación pretende sacarle del camino elegido por el Padre para seguir sus propios caminos. La historia de la vida y tentaciones de Jesús es nuestra propia historia. El bautismo nos asimila a él; la tentación somete también a prueba nuestra fidelidad.

La triple tentación del desierto se ejerce a través del consumo, que al mismo tiempo que provoca sed insaciable, tiente con la desconfianza en Dios: «*Si eres hijo de Dios no deberías pasar hambre, ni vivir desapercibido como si no fueras nada ni hijo de nadie. Y si pasas hambre o no significas nada es porque o no eres hijo de Dios o porque Dios no se preocupa por sus hijos*». La tentación de Jesús tiene, por tanto, tres cabezas que son tres permanentes tentaciones a las que Jesús dio respuesta en nombre de todos nosotros.

El hombre necesita el “*pan para vivir*”, pero si desea vivir como hombre necesita también el alimento de la Palabra de Dios. Cada uno tiene derecho a cuidar su imagen, pero sin tentar a Dios. Es lícito admirar los valores humanos y tener preferencias por unos sobre otros, pero sin caer de rodillas ante criatura alguna porque el culto de adoración sólo es debido a Dios.

Jesús asume la realidad que para él se concreta en la voluntad del Padre. Su poder no es para él sino para ponerlo al servicio y disposición de los necesitados. Y en cuanto a caer de rodillas, no existe más que un Dios a quien se debe adorar. Todo lo demás son ídolos que esclavizan.

Como dijo el presbítero anglicano convertido al catolicismo en 1845, más tarde elevado a la dignidad de cardenal por el papa León XIII y canonizado el 13 octubre 2019 por el papa Francisco: «*Si el mundo con Dios es un misterio, el mundo sin Dios es un absurdo*».